

Henríquez Ureña, y la literatura mexicana

Por Emmanuel CARBALLO

Valery Larbaud se refiere en el prólogo a la edición francesa de *Los de abajo* (*Ceux d'en bas*) de Mariano Azuela a las "influencias dominantes" que hicieron posible la literatura en el México de principios de la revolución. Entre ellas, cita las de Antonio Caso, José Vasconcelos, Enrique González Martínez y "algún otro". "¿Por qué olvidó usted a Pedro Henríquez Ureña —le reprocha Alfonso Reyes en su periódico *Monterrey*, núm. 2, Río de Janeiro, agosto de 1930—, cuya acción fue tan eficaz, tan determinante, y que a todos los demás nos ha dejado la señal, y hasta diría yo la cicatriz, de su trato siempre vigilante y orientador . . . Yo estoy seguro de que, sin él, muchas cosas de aquel momento [1910-1916] serían inexplicables". Probablemente, el autor de *Fermina Márquez* lo omitió por razones geográficas.

Si bien Henríquez Ureña nació en Santo Domingo, "México reclama el derecho —cito de nuevo a Reyes, insustituible en ésta como en otras tantas cuestiones— de llorarlo por suyo. Pocos, sean propios o extraños, han hecho tanto en bien de México. Aquí trascurrió su juventud, aquella juventud que no ardía en volubles llamaradas, sino que doraba a fuego lento su voluminosa hornada de horas y de estudios. Aquí enseñó entre sus iguales, sus menores y sus mayores; y en corto plazo, hizo toda la carrera y ganó el título de abogado. Aquí gobernaba con intimidad y sin rumor aquellas diminutas y sucesivas pléyades, cuyas imágenes van convirtiéndose ya en focos orientadores de la mocedad más promisoría. Aquí se incorporó en las trascendentales reformas de la educación pública. Aquí fundó su hogar. Y, al cabo, nos ayudó a entender y, por mucho, a descubrir a México. Nuestro país era siempre el plano de fondo en su paisaje vital, la alusión secreta y constante de sus meditaciones" (*Grata compañía*, Tezontle, 1948).

En consecuencia, su obra —tan afin a la de Reyes, aunque

más limitada—, encierra numerosos estudios reveladores y juicios aislados de sorprendente exactitud acerca de nuestra cultura y nuestro arte. En esta nota me propongo únicamente transcribir algunas referencias suyas a la literatura mexicana. Este "dorio" de América —así le nombraba Díaz Mirón— se resiste al adjetivo laudatorio, a la retórica banal de la alabanza. Si Eugenio d'Ors llamaba a Alfonso Reyes "el que tuerce el cuello a la exuberancia", de Henríquez Ureña podría decirse que nunca empañó la claridad de su estilo el énfasis ni la verbosidad, el calor ni las calamidades de la historia americana. (La exuberancia, creía don Pedro, es una especie de torpeza expresiva producto de la ignorancia.) Más que natural de los trópicos, su obra es producto del valle de México —para Reyes "alto valle metafísico"; para él, "aéreo país sideral". Escritos en los momentos libres que le dejaba el magisterio, ejercido a la manera socrática, sus libros reflejan fielmente sus preocupaciones intelectuales y sus preferencias humanas. De la más próxima a la más remota, son éstas: Santo Domingo, los países americanos, España y el mundo.

En los libros que incluye su *Obra crítica* (Fondo de Cultura Económica, 1960), México y los mexicanos aparecen y reaparecen con el cariño que dicta el destino compartido o la añoranza. Las menciones son siempre positivas —se cuida de enjuiciar escritores rezagados o incompetentes. La primera en el tiempo corresponde a Juan Ruiz de Alarcón; la más reciente, a Ramón López Velarde.

El estudio sobre el comediógrafo mexicano fue escrito el año de 1913, y lo leyó el 6 de diciembre en la Librería General de Francisco J. de Gamoneda. Reyes califica la conferencia "como una de las páginas más insignes de la crítica americana" (*Capítulos de literatura española*, segunda serie, El Colegio de México, 1945). Revolucionaria en su momento, la tesis que



José Vasconcelos



Alfonso Reyes

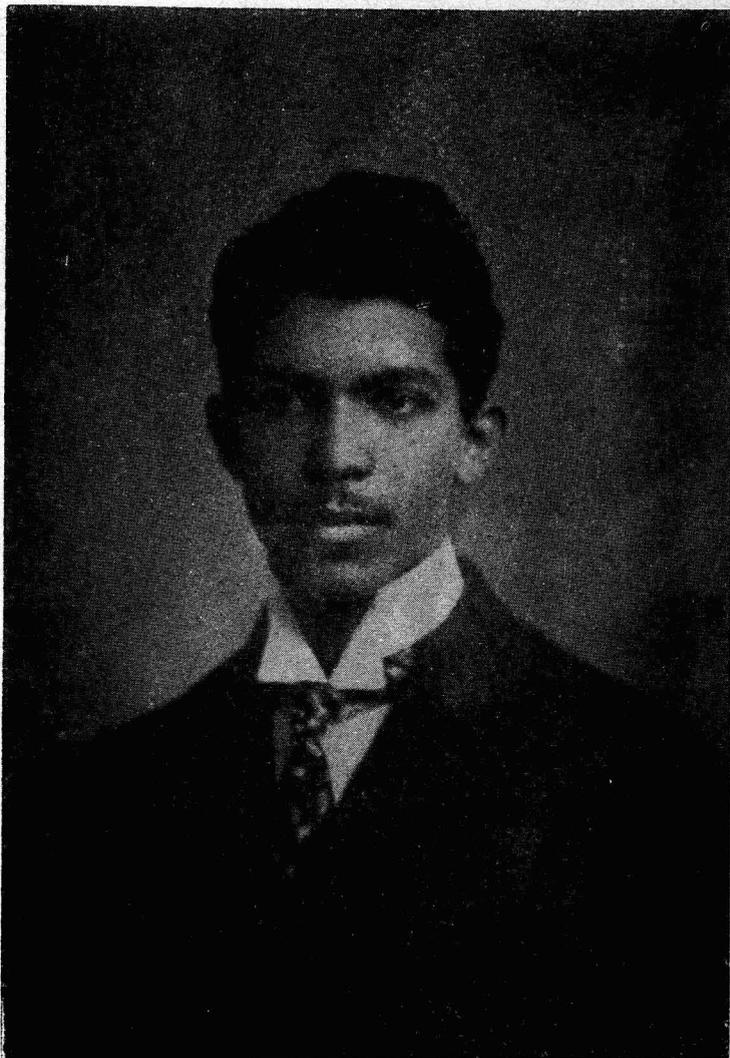
allí sostiene, la mexicanidad del autor de *La verdad sospechosa*, ha sido aceptada casi unánimemente por los alarconistas. De paso desliza otra observación que también ha conocido mundo y fama: el carácter de la poesía mexicana —escribe— lo constituye “el sentimiento velado, el tono discreto, el matiz crepuscular”. Más adelante, agrega: “La discreción, la sobria medida, el sentimiento melancólico, crepuscular y otoñal, van concordando con este otoño perpetuo de las alturas..., otoño de temperaturas discretas, que jamás ofenden, de crepúsculos suaves y de noches serenas”. “En ella nunca prosperó la tendencia a la exaltación, ni aun en las épocas de influencia de Hugo, sino en personajes aislados, como Díaz Mirón, hijo de la costa cálida, de la tierra baja.” Intuida antes por Luis G. Urbina, esta observación se convierte al ser elaborada por Henríquez Ureña en un axioma.

Las noticias que aporta acerca de la Sociedad de Conferencias, que se convertirá, años después, en el Ateneo de la Juventud, sólo son equiparables a las que ofrece Reyes en “Pasado inmediato” (*Pasado inmediato y otros ensayos*, El Colegio de México, 1941). En el tiempo, la primacía corresponde a Henríquez Ureña. Considera a sus integrantes como “el grupo más selecto de la juventud intelectual mexicana”. “La principal facultad por ellos revelada —afirma—, es, a mi ver, espíritu filosófico”, facultad que no interfiere con el poder creador. Explica, luego, cómo surgieron: “Bien es cierto que este grupo juvenil ha logrado disfrutar de las ventajas de la más moderna y amplia cultura que ya se abre paso en México. Lo anima el espíritu de independencia, y no se aferra a ninguna secta literaria ni filosófica. Sin embargo, en una de sus tendencias típicas puede reconocerse como continuador de la mejor tradición de la cultura mexicana. El amor a la antigüedad clásica, que se mantiene vivo en toda una serie de intelectualidades mexicanas..., reaparece en ellos con nueva fuerza, tan sincero y reverente hacia las obras originales como atento a la portentosa labor de reconstrucción que, iniciada por los alemanes..., ha interesado a los más altos espíritus de la época.” *Disfrutar las ventajas de la cultura* equivale a que ellos o sus familias podían proporcionárselas. En otras palabras, a que eran de “hogar patricio” —como dice Henríquez Ureña de Reyes— o pertenecían a la clase media más o menos próspera. Ninguno es de origen popular. Este dato, que ya algunos entreveían, lo confirma don Pedro. De cierta manera, el talento y el poder económico se mezclaron para dar vida al Ateneo.

En otra página, asienta: “El Ateneo vivió entre luchas y fue, en el orden de la inteligencia pura, el preludio de la gigantesca transformación que se iniciaba en México. La revolución iba a llamar a todas las puertas y marcar en las frentes a todos los hombres.” Unos se abstienen de participar —Caso, Reyes, Torri—, otros toman partido: Guzmán, Vasconcelos, Fabela —los dos primeros son convencionalistas, el último sigue a don Venustiano. La revolución los dispersa, no los desarticula. (Algunos de sus libros datan de 1910 a 1920.) Una fecha —el 9 de febrero de 1913— convierte a Reyes en escritor de “símbolo y cifra”, en escritor que hablaba a través de sus silencios. (Entre otros, recuérdense tres textos, dos poesías y un cuento: el poema que lleva como título la fecha ya citada, “Incendio de los siglos” y la prosa “Los restos del incendio.” Por evidente, citar la *Ifigenia cruel* es recurso de recién llegados.) Vuelvo a Henríquez Ureña: Distingue dos revoluciones, la ideológica (su preludio abarca de 1906 a 1911) y la armada, que descubre al pueblo sus derechos. Empeñados en la primera, los intelectuales apenas tuvieron tiempo para meditar acerca de la segunda. Y no por ello puede llamárseles enemigos de la revolución. Sin embargo, los que usan constantemente la palabra reaccionario para calificar a sus enemigos no se sienten incómodos de designar así a los ateneístas.

Resumo sus juicios acerca de los poetas. Manuel Gutiérrez Nájera: “De su obra, engañosa en su aspecto de ligereza, parten incalculables direcciones para el verso como para la prosa. Con su aparición, que históricamente es siempre un signo, aunque no siempre haya sido una influencia, principia a formarse el grupo de los dioses mayores.”

“Seis dioses mayores proclama la voz de los cenáculos [y éstos, afirma en otro lugar, son más ecuanimes que los periódicos y los libros, ya que nuestra mejor crítica es oral]: Gutiérrez Nájera, Manuel José Othon, muertos ya; Salvador Díaz Mirón, Amado Nervo, Luis G. Urbina y Enrique González Martínez. Cada uno de los poetas anteriores tuvo su hora de influencia. González Martínez es el de la hora presente [1915], el amado y preferido por los jóvenes que se inician [piénsese en los Contemporáneos, que entran a la poesía por casa de dos puertas: la serenidad y la sinceridad], como al calor de extraño



Pedro Henríquez Ureña

invernadero, en la intensa actividad de arte y de cultura que sobrevive, enclaustrada y sigilosa, ante las amenazas de disolución social [los efectos externos de la revolución]”. “Son duros los tiempos... Esperemos que el tumulto ceda cuando baje la turbia marea de la hora. Vencerá entonces la sabiduría de la meditación, la serenidad del otoño.”

“Siempre ha sido Tablada el más inquieto de los poetas mexicanos, el que se empeña en ‘estar al día’, el lector de cosas nuevas, el maestro de todos los exotismos; no es raro que en doce años haya tanta variedad en su obra [escribe en 1922]: tipos de poesía traídos de Extremo Oriente; ecos de las diversas revoluciones que de Apollinaire acá rizan la superficie del París literario; y a la vez, temas mexicanos, desde la religión y las leyendas indígenas hasta la vida actual. En gran parte de esa labor hay más ingenio que poesía; pero cuando la poesía se impone, es de fina calidad; y en todo caso, siempre será Tablada agitador benéfico que ayudará a los buenos a depurarse y a los malos a despeñarse.” Este juicio apenas lo corrige Octavio Paz cuando en 1945 lee unas palabras de homenaje a Tablada en Nueva York.

“En 1922 —escribe en una nota—, la influencia de González Martínez cedía ante la de Ramón López Velarde, con su mexicanismo de fina emoción y colores pintorescos.” Al igual que Reyes, Henríquez Ureña no supo adivinar la importancia y el carácter de la poesía del autor de *Zozobra*.

La mayor parte de los juicios que he transcrito siguen siendo vigentes. El influjo de Henríquez Ureña sobre nuestros críticos no se reduce únicamente a las ideas sino también a la terminología. Por obvios, me excuso de dar ejemplos. Por otra parte, más que el rigor, prendió su lenguaje impresionista.

Remato esta nota con las palabras proféticas que Francisco García Calderón empleó para definirlo (prólogo a *Cuestiones estéticas*, de Alfonso Reyes. París, Ollendorff, 1911): “Será una de las glorias más ciertas del pensamiento americano. Crítico, filósofo, alma evangélica de protestante liberal, inquietada por grandes problemas, profundo erudito en letras castellanas, sajonas, italianas [García Calderón piensa en *Horas de estudio*, 1910], renueva los asuntos que estudia. Cuando escribe sobre Nietzsche y el pragmatismo, se adelanta al filósofo francés René Berthelot; cuando analiza el verso endecasílabo [y sus grandes trabajos sobre versificación vendrán después] completa a Menéndez Pelayo.”